

La mirada y la aventura

MAS de uno, al leer que Man Ray ha muerto, se habrá preguntado: ¿pero aún vivía? En 1974 y 1975, obras suyas fueron exhibidas en Roma, Nueva York, París, Madrid, Munich, Turín, Londres, Atenas..., aunque seguramente lo más sonado fue la gran retrospectiva "L'occhio e il suo doppio" celebrada el año pasado en Roma (Palazzo delle Esposizioni, con la colaboración del New York Cultural Center y del Institute of Contemporary Art, de Londres). Antes, pues, de que la noticia de su fallecimiento apareciera en los periódicos fechada el 18 de noviembre, las exposiciones ya tenían un aire póstumo y evocador, como si él —no su labor ni sus enseñanzas— estuviera lejos, distante, rodeado por esa especie de raro desprecio que surge del simple y definitivo morir. Entonces, resulta normal que Henry Miller, escribiendo sobre sus encuentros con él en Hollywood, se diera cuenta repentinamente de que, al usar el participio pasado, estaba redactándole sin quererlo unas cuartillas necrológicas. Y reaccionaba: "Quiero asegurárselo al lector: Man Ray no ha muerto, no ha abandonado el campo; absolutamente, el silencio no se ha cerrado todavía sobre él". Aunque terminaba: "Le saludo ahora y en la eternidad".

¿Cuál podría ser la causa de se-

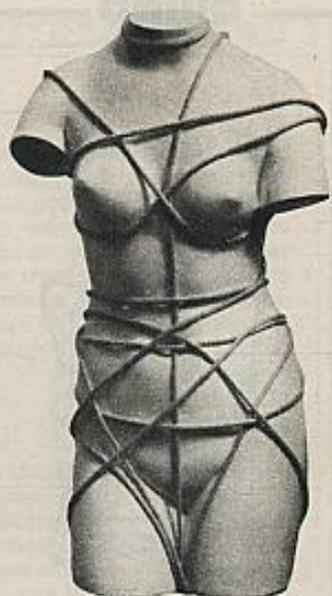
mejante ausencia anticipada? La respuesta solamente puede ser una: el desdén. Pero el suyo era un desdén sin muerte y sin soberbia. Nació de la veracidad y del amor a la justicia. De ahí que su religión fuera la libertad; la libertad, encarnación de la vida; y la vida —como decía Henry Miller— "sinónimo de una continua creación". Debía ir siempre adelante, hundiéndose cada vez más en la honda paradoja de estar configurando futuro mientras lo impugnaba y transformando el presente mientras lo negaba. Estaba planteando una lógica mediante la aparente utilización del absurdo, un constante autoaniquilamiento a través de la más infatigable creatividad.

Al conocer la muerte real de Man Ray —el plural pintor, fotógrafo y cineasta—, los que no conocimos al hombre hemos de poner en marcha mecanismos irremediablemente culturales. Se suscita una especie de contabilidad histórica que desemboca en decantamientos despersonalizados, en la drástica síntesis de una idea cuya valoración debe surgir de su propia evidencia. En este caso, la visión de un artista tan vinculado a la fotografía nos obliga a buscar el significado de esa simbiosis entre el ojo y la cámara. La realidad de Man Ray no es una duplicidad ni una síntesis. No se mezclaba con el aparato.

Era algo mucho más inquietante: sus fotografías eran una suerte de mirada extraña y fría, una especie de máquina conceptualizadora. Pero si esta obviedad no precisa explicaciones, acaso necesite justificación. Y para "justificar" necesitamos "situar", aunque sea con superficial esbozo.

El obligado recuerdo de su fundamental presencia en las vanguardias dadaísta y surrealista, es decir, mucho y poco a la vez. Si ello implica traer a colación sus aportaciones a dos movimientos conexos que ejemplificaron todas las negociaciones merecidas por un sistema irracional, habremos enunciado bastante; porque el irracionalismo programático y sistemático puede ser respuesta eficaz para un contexto basado en la objetualización de lo humano, el desprecio por la vida, la explotación del hombre por el hombre, la manipulación de las conciencias, el exterminio, la violencia, el envenenamiento del ambiente natural y otras lindezas por el estilo. Hoy podemos legítimamente afirmar que los dadaístas —dejando aparte la interpretación "auténtica" que sólo a ellos podría corresponderles— se referían a esas cosas y no meramente a disputas más o menos retóricas, más o menos emplazadas en la superficie de su irrenunciable indole superestructural. Si, en verdad eso es mucho decir y tal vez sirva para subrayar, una vez más, nociones importantes. Sin embargo, también es poco decir, pues cuando el dadaísmo propugnó la abolición de la "memoria", de la "arqueología", de los "profetas" y del "futuro", sin duda no mentían, pero se estaban equivocando sobre su propia proyección hacia el porvenir. O sea: hacia nuestro presente y hacia lo que está por llegarnos. Con ello no pretendemos forzar supuestas actualizaciones, sino poner de relieve que los enemigos, los asesinos dispuestos a decapitar cualquier futuro, no eran ellos ni sus negaciones: el destructor era —y sigue siéndolo— lo negado, el sistema, lo corruptor, lo homicida, lo contaminante, lo que degrada hasta matar.

Como es de suponer, al lado de su militancia dadaísta y surrealista, ahora saldrán a relucir sus aportes técnicos. Sin embargo, sus aerografías y rayografías, lo mismo que su descontextualización de los objetos y otras cosas luego explotadas pomposamente por otras corrientes, formaron parte de una actividad inventiva que sólo puede aclarar muy parcialmente su poética.



Ray: "Venus restaurada" (1936).

Si ello es así (y si entendemos que la poética de un artista es la conceptualización de su operatividad), deberemos reconocer que Man Ray es inexplicable sin el entendimiento de su básica relación con los vehículos técnicos interpuestos, de modo que la "mirada" del intermediario se transfigura en concepto condicionante del resultado. O todavía más: el resultado se torna concepto. Dijérase que los objetos —el que sirve de pretexto y el que se obtiene— acaban poseyendo subjetividad propia y capacidad autónoma para emanar ideas. Dando un breve paso adelante, estaremos en el conceptualismo.

Efectivamente, estoy apuntando al llamado "arte conceptual", en el que (intentando una definición simplificada y de emergencia) el objeto es desplazado por el concepto. Pero eso, digámoslo sin reparos, quedó inapelablemente formulado por Man Ray. Suyas son estas palabras: "Todos aman el misterio, pero a todos les gusta también la solución del misterio. Y yo comenzaba siempre por la solución". También afirmaba: "Quizá un día desaparecerá el acto de pintar, sustituido por una actividad creativa que nada tiene en común con la palabra arte".

Aquí terminamos lo que se ha quedado en mero prólogo para una reflexión. Porque, en definitiva, lo que siempre hizo Man Ray fue invitarnos a meditar. Ahora que ha muerto, el mejor homenaje que podemos tributarle consistirá en buscar la manera de comenzar desde las soluciones, hallando auténticos horizontes creativos aunque sea a costa de olvidar muchas infatuadas y fraudulentas rutinas denominadas "artísticas". Tal fue su gran aventura, e imagino que también debe ser la nuestra. ■ VICENTE AGUILERA CERNÍ.



Man Ray: autorretrato fotográfico.